

LAS COSTUMBRES PAGANAS Y EL TALANTE BÁRBARO INFUNDIDOS EN EL CRISTIANISMO

George Santayana

Daniel Moreno Moreno (trad., intr. y notas)

Una historia filosófica de la religión

"Pagan Custom and Barbarian Genius Infused into Christianity" es el capítulo VII de *Reason in Religion* (1905) vol. III de la pentalogía *The Life of Reason* (1905-6), libro del filósofo hispano-norteamericano Jorge/George Santayana, en traducción de Daniel Moreno Moreno. Este capítulo aparece aquí como adelanto de la publicación de *La razón en la religión* en la editorial ovetense Krk, donde ya han visto la luz *La razón en el sentido común* (2023) y *La razón en la sociedad* (2024), vols. I y II respectivamente de *La vida de la razón*. Los volúmenes restantes, IV y V, están dedicados a *La razón en el arte* y *La razón en la ciencia* y se publicarán en los años sucesivos. Se completará así, por fin, la primera versión completa en castellano de *La vida de la razón*.

Aunque nacido en Madrid en 1893, Santayana fue educado por razones familiares en Boston y, cuando publica *La vida de la razón*, es profesor de la Universidad de Harvard. A este libro debió su prestigio en Estados Unidos, que aún perdura, y fue el que motivó la pregunta del entonces prestigioso polígrafo dominicano Pedro Henríquez Ureña: *"¿Por qué España, que con tanto empeño aspira a tener filósofos, no se entera de quién es Santayana?"* [*"En la orilla"*, en *Índice. Revista de Definición y Concordia*, 1 (1921), aforismo XIII, p. 4].

Si en *La razón en el sentido común* Santayana había descrito el florecimiento natural de la razón a partir de la vida, ajeno al enfrentamiento romántico entre cabeza y corazón; y si en *La razón en la sociedad* había establecido qué tienen de racional el amor, la amistad, la familia, la aristocracia o la democracia, en *La razón en la religión*, aborda toda una historia filosófica de la religión que sorprende por su originalidad, ajeno al enfrentamiento secular entre filosofía y religión. Santayana parte de la religión como encarnación de la razón y recorre el camino que lleva desde la superstición a la inmortalidad ideal, pasando por la magia, la oración, la mitología, el judaísmo, el cristianismo, la piedad, lo espiritual, la caridad y la creencia en una vida futura.

El intelecto occidental, para aceptar el evangelio, tuvo que sublimarlo en un sistema neoplatónico de metafísica. Del mismo modo, el corazón occidental tuvo que hacer del cristianismo algo afín e idóneo infundiéndole muchas costumbres y sentimientos paganos. Tal adaptación fue más fácil y suave de lo que podría suponerse. Nosotros estamos demasiado inclinados a atribuir un cristianismo ideal y abstracto a las políglotas almas de los primeros cristianos y a ignorar el lado misterioso y milagroso del último paganismo, del cual se deriva principalmente el ritual y el culto cristianos. En el siglo tercero, el cristianismo y el paganismo devoto estaban muy cerca el uno del otro; en sentido religioso, diferían menos entre sí que de la religión que otras épocas habían alimentado o de la que llevaba su propio nombre. Si Juliano el Apóstata hubiera conseguido su objetivo, no habría rescatado nada que hubiese regocijado en absoluto a los admiradores del paganismo clásico; un discípulo de Jámblico no podía dejar de sumergirse en el mismo mar de superstición y dialéctica en el que se había sumergido el cristianismo. En ambos bandos las éticas eran irracionales y las morales corruptas. La religión humana y política de la antigüedad había desaparecido y las controversias entre cristianos y paganos equivalían simplemente a elegir entre fanatismos. La razón había sufrido un eclipse general, pero la civilización, aunque en decadencia, aún subsistía y todavía quedaban en el mundo cierta disciplina escolástica, cierto hábito especulativo y muchos usos religiosos antiguos. La gente podía cambiar sus dioses, pero no el espíritu con el que los había adorado. El cristianismo se había difundido casi sin ser percibido en una sociedad llena de tradiciones enraizadas. Los primeros discípulos habían sido judíos excluidos, con hábitos religiosos que las personas de otras razas e intereses jamás podían adoptar inteligentemente; la Iglesia fue por tanto lo bastante sabia como para perpetuar en sus prácticas al menos el mínimo indispensable de paganismo popular. Bastará, para convencernos de lo considerable que fue ese mínimo, con echar una mirada a la piedad católica.

El sistema greco-judío de teología construido por los Padres tiene su contrapartida litúrgica en los sacramentos y en la elocuencia devota representada perfectamente para nosotros en el misal y el breviario romanos. Esa liturgia, infundida como estaba de filosofía pagana y alejada por ello de la franqueza e informalidad orientales de la *Biblia*, mantuvo en su mayor parte su tono teológico y patrístico. Abundan los salmos, apenas se menciona a la Virgen ni a los santos; cierto universalismo y focalización de pensamiento en la Redención y en su significado especulativo inundan el canto ritual latino tras las barandillas del altar. Pero cualquiera que entre en una iglesia católica con un intérprete inteligente notará en seguida la enorme distancia que separa ese ritual oficial e impersonal de las oraciones y prácticas diarias de los católicos. Esto último se refiere a las exigencias reales de la vida diaria y sirve para expresar y reorganizar las pasiones personales. Mientras se celebra la misa, la señora mayor rezará el rosario absorta en una vaga cavilación sobre sus propios problemas; mientras el sacerdote salmodia algo ininteligible sobre Abrahán o Nabucodonosor, el ama de casa encenderá las velas de cera, debidamente bendecidas para la ocasión, delante de santa Bárbara para ser así protegida de las tormentas; y mientras el predicador está repitiendo, rutinariamente, las sutilezas dialécticas sobre la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo, la fantasía de quien eso escucha vagará tristemente por el misterio del amor y la vida, y (aunque él mismo carezca de recursos para su casa) encargará una misa por el reposo de algún alma difunta.

En un país católico, cada lugar y cada persona tienen un patrón concreto. Esos patronos son a veces celebridades locales, canonizadas por la tradición o por la Santa Sede, pero no menos a menudo son simplemente advocaciones de Cristo o de la Virgen, advocaciones que se sabe teóricamente que todas se refieren al mismo *numen* pero que en la práctica tienen valores religiosos diferentes; pues los milagros e intercesiones atribuidos a la Virgen bajo un nombre están muy lejos de ser los milagros e intercesiones atribuidos a ella bajo otro nombre. Quien haya sido devoto de Loreto no sentirá vínculo especial alguno por el Pilar de Zaragoza. Una madre afligida no buscará tranquilidad en la Inmaculada Concepción sino, naturalmente, en Nuestra Señora de los Siete Dolores. Cada orden religiosa y todos los laicos más o menos afines a ellas tienen santos especiales y misterios especiales. Hay también lugares y días concretos en los que se conceden ciertas gracias, y no en otros, y la cantidad de tales gracias se mide según estándares canónicos. Tantos días de penitencia reducida corresponden a un trabajo de cierto mérito, puesto que hay una cuenta celestial donde las multas y los perdones son sumados y restados puntillosamente por registradores celestiales. Las ganancias espirituales de una persona pueden ser atribuidas e imputadas a otras como donaciones, una creencia que puede parecer arbitraria y supersticiosa pero que en realidad es un corolario natural de doctrinas fundamentales como la expiación, la comunidad de los santos y la intercesión por vivos y muertos.

Otra fase de la misma religión natural se ve en las celebraciones pautadas, en la bendición de edificios, barcos, campos, trabajos y estaciones; en las intercesiones de los fallecidos relevantes por los vivos y de los vivos por los fallecidos insignificantes —una perfecta supervivencia de los héroes y penas por un lado y de los ritos funerarios paganos por otro—. Añádase la Cuaresma con su carnaval, las témporas, el Día de Todos los Santos y Difuntos, la Navidad con sus Reyes Magos o con su san Nicolás, el Día de san Valentín o de santa Inés con sus asociaciones profanas, un santo para encontrar objetos perdidos y otro para que prosperen los amoríos, puesto que todos los grandes y trágicos amores tienen sus inevitables patrones en Cristo y en la Virgen, en María Magdalena y en los innumerables místicos. Esto, junto a lo que aún podría enumerarse, constituye un completo paganismo dentro de la tradición cristiana, un paganismo para el que poca base se encuentra en el evangelio, en la misa, el breviario o los teólogos.

Con todo, esos añadidos estaban bien autenticados en tanto que subestructuras, puesto que descansaban en la naturaleza humana. Es una experiencia genuina sentir, por ejemplo, la especial eficacia de tu Virgen local o del Cristo milagroso cuya ermita está encaramada en lo alto de la colina. El principio es claro y simple. Esos santuarios, esas imágenes y las celebraciones asociadas han entrado en la mente junto a los primeros sentimientos. Los primeros vislumbres de las vicisitudes mortales han coincidido con el asombro y el brillo de los sacramentos en los que se invocaron esos *numina*; en ese nivel más profundo de experiencia, en esas extensiones más bajas del irracionalismo en las que radican esas impresiones, estas constituyen un fondo místico bajo todas las convenciones y pensamientos manifiestos. Donde los doctores son torpes —como lo son habitualmente—, los santos pueden dar con la cura; después de todo, el éxito de los santos en medicina le parece al crudo empirismo casi tan probable como el de los médicos. Los patrones locales y concretos son los dioses originales, y cualquier valor religioso que retengan las deidades cósmicas y especulativas lo retienen de modo subrepticio, en virtud de los mismos vínculos con los intereses humanos y los apasionados deseos que en su momento tomaron prestados los demonios ancestrales del hogar que ellos guardaban, de las montañas que ellos frecuentaban o del sacrificio que olían con placer, hasta que sus corazones se dulcificaban respecto a sus adoradores. En sí mismo, y tal como lo representa una teología mínima y batiéndose en retirada, un poder universal carece de energía específica y de interés determinado en su corazón; no tiene nada de amigable ni conexión alguna con las necesidades privadas de nadie; ningún vínculo de lugar o tiempo fortifica ni define su influencia. Tampoco es racional pedir que mitigue los males o que nos ayude contra ellos al mismo ser que los ha decretado y que los está infligiendo según cierto propósito establecido suyo.

El paganismo o religión natural era al principio optimista y materialista, igual que muchas nociones religiosas toscas; el adorador esperaba que su

piEDAD hiciese hervir su guiso, curar su enfermedad, ganar sus batallas y que hiciese indolora su ignorancia respecto al mundo en el que vivía. Pero esa fe iba de inmediato contra los hechos; la experiencia y la reflexión la desaprobaban a cada instante. Cuando son comprendidas en su conjunto la naturaleza y la vida, estas se han de comprender desde un principio opuesto: el principio de que el destino, habiéndonos proporcionado de modo natural una voluntad determinada y unas cualidades determinadas, nos deja el campo libre y sin amparo en el mundo natural. De ahí que la religión se retire a lo sobrenatural, una región a la que ella, en sus formas más toscas, estaba muy lejos de pertenecer. Ahora bien, esa retirada, en el caso del paganismo clásico, ocurrió a la vez que la decadencia de la vida política y militar, y hubiera producido un sistema ascético popular, algún compuesto de las tradiciones orientales y griegas, aunque el cristianismo no hubiese intervenido en esa coyuntura y oportunamente ocupase el terreno.

Como hemos visto, el cristianismo incluía elementos que le daban una ventaja decisiva; su mirada era histórica, no cósmica, y por consiguiente admitía un futuro no natural para el individuo y para la Iglesia; era anti-político y buscaba el progreso únicamente en la región donde el progreso era en esa época posible: en el alma particular; era democrático, femenino y no mundano; su deidad oriental y sus profetas tenían una simplicidad primitiva y un patetismo que no se encontraban en los héroes paganos ni en las elegantes entidades metafísicas; su oscura poesía hebrea abría, como la música, un campo infinito para alimentar la fantasía y la presunción. La consecuencia fue hacer doble el mundo, de modo que cada cristiano llevaba una existencia dual: una llena de problemas y vanidad en la tierra, y otra llena de esperanza y consuelo en una región paralela a la tierra y directamente encima de ella, cada una de cuyas partes correspondía a algo en la vida terrenal y que se podía alcanzar, por así decir, con una escala de Jacob por la que continuamente ascendían y descendían la gracia y los anhelos. El nacimiento quedaba consagrado en lo sobrenatural con el sacramento del bautismo, el crecimiento con la confirmación, la autoconciencia con la confesión, la pubertad con la comunión, el esfuerzo con la oración, la derrota con el sacrificio, el pecado con la penitencia, la especulación con la sabiduría revelada, el arte con el culto, la afabilidad natural con la caridad, la pobreza con la humildad, la muerte con la entrega de uno mismo y con la resurrección. Cuando la mente se cansaba de la contemplación, los labios aún podían repetir alguna piadosa petición, manteniendo la actitud y la conducta del cuerpo con humildad y propicias aún para recibir la gracia; y, cuando las rodillas y los labios estuviesen fatigados, se podría dejar un cirio encendido ante el altar como testigo de que el deseo olvidado momentáneamente no quedaba extinguido en su corazón. A través de la oración y de las obras religiosas, se podía llegar hasta los ausentes y ayudar a los difuntos en su viaje; y, entre las separaciones e injusticias terrenales, siempre estaban abiertas para todos la iglesia y la comunidad del cielo.

Nada es por tanto tan evidente como que el cristianismo fue paganizado por la Iglesia temprana; en realidad: la propia creación de la Iglesia fue lo que, para una mente hebrea, tenía que parecer corrupción, a saber, la mezcla de la filosofía y el ritual paganos con el Evangelio. Pero esa suerte de corrupción constitutiva podía llamarse con más propiedad una adopción, una absorción o incluso civilizar el judaísmo; pues, por ese matrimonio con el paganismo, el cristianismo encajaba con la vida y las acciones del mundo civilizado. Por esa corrupción, se completó y mejoró enormemente, igual que le ocurrió al idioma anglosajón al ser corrompido por el francés y el latín; puesto que siempre supone una mejora que la religión, cuyo motor es expresar e inspirar sentimientos espirituales, aprenda a expresar e inspirar esos sentimientos de modo más generoso. El paganismo estaba más próximo que el judaísmo a la vida de la razón porque sus mitos eran más transparentes y su talante menos fanático; así que un cristianismo paganizado se acercaba más a la idealidad que constituye la verdad religiosa que un intenso y desnudo judaísmo, con su hostilidad hacia lo humano, si hubiera permanecido aislado y sin modificar.

El cristianismo que adoptaron los paganos, al convertirse él mismo en pagano, siguió siendo una religión natural en el país y corazón de los paganos. Fue un paganismo que expresaba su reciente y calamitosa experiencia, una religión que había pasado a través de la civilización y la desesperación, y que quedó reducida a traducir los valores eclipsados de la vida a símbolos sobrenaturales. Se convirtió en una religión posracional. Por supuesto que, para comprender un sistema así, es necesario poseer las facultades que él pone en ejercicio y la experiencia que representa. Allí donde la vida no ha alcanzado el nivel de la reflexión, la religión y la filosofía tienen ambas que ser prerracionales; han de ser crudamente experimentales, sin ser conscientes de los límites de la excelencia y la vida. En esas circunstancias, es obviamente imposible que la religión se reconstituya en un plano sobrenatural o que aprenda a expresar la experiencia en vez de expresar el impulso. Ahora bien, el cristianismo de los evangelios era posracional: había dado la espalda al mundo. A ese respecto, su mezcla con el paganismo no cambió nada, simplemente reforzó la desesperación espiritualizada y lírica de los hebreos con la desesperación personal y metafísica de los romanos y griegos. En efecto, toda la filosofía clásica tardía —estoicos, escépticos o epicúreos— se fundaba en la desesperación y era posracional. Se puede decir por consiguiente que el cristianismo pagano, o catolicismo, tiene dos elementos: primero, el talante del paganismo, la facultad de expresar la experiencia espiritual en mitos y símbolos externos; y, segundo, la experiencia de la desilusión que forzaba a la imaginación pagana a elevar su vuelo desde la tierra y dejar ya de embellecer las circunstancias materiales y políticas de la vida para trasladarse más allá de las nubes y constituir su reino del espíritu más allá del velo del tiempo y la naturaleza, en una esfera póstuma y metafísica. Una economía mítica llena de puntos de anclaje con la experiencia humana y de cálidas interpretaciones

de la vida, aunque elevada más allá de la naturaleza visible y descubriendo un mundo completo, un mundo en el que se cree por rumores o, como se dice, por fe: eso es el catolicismo.

Cuando se estableció esa religión en el Imperio Romano, este imperio estaba siendo él mismo amenazado por los bárbaros, que pronto lo invadieron y ocuparon, dando lugar a un nuevo y desgraciado comienzo en la historia europea. Ellos adoptaron el cristianismo, no porque representara sus necesidades o aspiraciones religiosas, sino porque formaba parte de una cultura y una organización social con una influencia que ellos, dada su simplicidad, no tenían modo de contrarrestar. Durante distintas épocas, ellos únicamente pudieron modificar unas artes completamente nuevas para sus vidas mediante su incomprensión e inercia.

Qué tipo de religión tuviesen esos bárbaros previamente está fuera del alcance de nuestro conocimiento exacto. Ellos se transmitían una mitología que no era radicalmente diferente de la grecorromana, aunque era concebida de modo más vago y grotesco; reconocían deberes y glorias tribales de las que las sanciones religiosas difícilmente estarían ausentes. Pero una mente bárbara, como la de un niño, se convierte con facilidad y se llena de los relatos que uno quiera. Los del norte se bebieron con placentero asombro lo que les dijeron los monjes acerca del infierno y el cielo, de Dios Padre y Dios Hijo, de la Virgen y los bellos ángeles; ellos aceptaron los sacramentos con una vaga docilidad; mostraron un respeto competente, a menudo roto, es cierto, por rebeliones instintivas hacia un clero que después de todo representaba los vestigios de aprendizaje, benevolencia o arte que aún quedaban en el mundo. Pero esa fácil y proclamada conversión fue únicamente imaginaria y no pasó de la piel. Entre los pueblos medievales aún subsistió una ética del valor y del honor no cristiana y un fondo no cristiano de superstición, leyendas y sentimientos. Su alma, tan falta de articulación, podía haber sido cubierta con hábitos eclesiásticos y aprisionada por el momento en la panoplia del dogma patristico; pero el cristianismo pagano siempre fue una religión ajena a ellos, aceptada solamente mientras sus mentes seguían en un estado de impotente tutela. Una religión extranjera así nunca podía ser comprendida por ellos en su espíritu y motivos genuinos. Ellos carecían de la experiencia y de la dúctil imaginación que la había hecho nacer. Les podía coger desprevenidos y dominarlos por un tiempo, pero, incluso durante ese periodo, esa religión no podía desarraigar de las almas bárbaras lo que ahí se le opusiese. Así fue cómo la Iglesia romana incubó el huevo de pato del protestantismo.

En sus localizaciones nativas, el sistema católico generó sátira e indiferencia entre los que lo rechazaban interiormente más que herejías dado que, en su conjunto, expresaba bastante bien los instintos religiosos de la gente. Únicamente se oponían enérgicamente a él quienes odiaban la religión. Pero entre los bárbaros conversos el caso era naturalmente diferente y la oposición a la

Iglesia vino del modo más vehemente de ciertas naturalezas religiosas cuyos instintos eran ultrajados o quedaban insatisfechos. Incluso antes de que brotase la herejía, esa intranquilidad religiosa encontró salida en múltiples direcciones. Incorporó al cristianismo varios regalos bellos pero insidiosos, varias formas de expresión incongruentes, aunque bien traídas. Entre ellos hemos de contar el arte gótico, el sentimiento caballeresco e incluso la filosofía escolástica. Tales cosas vinieron, como es sabido, a servir ostensiblemente al cristianismo, el cual aprendió a considerarlas como emanaciones suyas. Pero en verdad convirtieron en bárbaro al cristianismo igual que la filosofía y el culto griegos y los hábitos administrativos romanos lo había paganizado al comienzo. Y un cristianismo convertido en bárbaro era, incluso antes de hacerse herético, algo nuevo, algo muy diferente en talante y belleza del cristianismo pagano del sur y del este.

En el catolicismo de la Edad Media, tal como floreció en el norte, el alma bárbara, educada por maestros monjes, apareció con toda su infantil confianza, originalidad y humor. Había en él algo de conmovedor y de grotesco. Parece que vemos a un niño jugando con los juguetes de la época, sus verdes esperanzas y fantasías entretejiéndose alrededor de un monumento metafísico antiguo: el santuario de un mundo decrepito. Al principio, la estructura de ese monumento no se vio afectada e, incluso cuando ya estaba socavada y parcialmente en ruinas, su estilo no podía transformarse, sino que, revestido de la hiedra del norte, adoptó en seguida un nuevo aspecto. Para razas sin experiencia —esto es, sin tradiciones acumulativas o sin un pasado visible—, el cristianismo no podía ser más que un relato mágico y una esperanza gratuita, como si les hubiesen hablado del Sultán de Tombuctú y prometido que algún día iban a montarse en sus alados caballos árabes. El significado trágico de la fe cristiana, su inmensa renuncia a todas las cosas terrenales y la gloria meramente metafísica de su vida transfigurada, se escapaban habitualmente a su comprensión, como sigue ocurriendo todavía hoy. Ellos escuchaban con la boca abierta a los misioneros y aceptaron sus afirmaciones con insospechada emoción, como el rey anglosajón¹ que comparó el alma con un pájaro que entraba y salía de una tienda de campaña durante la noche, de cuyos avatares posteriores no importaba saber nada, por cierto. Una semilla plantada en un suelo tan virgen e inculto tiene por necesidad que dar frutos de un sabor nuevo.

En el cristianismo del norte prevalece la cualidad nueva de una perturbadora ternura sobre la pasión trágica presente por doquier en la devoción católica. La dignidad sustituyó a la complejidad y la retórica a la poesía; la basílica se convirtió en abadía y la ermita en una escuela. La época feudal fue una maravillosa época de siembra en un mundo desolado de ruinas. Allí los horrores se mezclaron con cosas deliciosas y la confusión con una paz idílica.

¹ Edwin de Deira (586-633), rey de Deira y Bernicia, convertido al cristianismo el 627, según la *Historia eclesiástica de los pueblos de los anglos* de Beda el Venerable [N. del T.].

Ahí estaba la infancia de un poeta en mitad del estallido de una guerra, un alquimista de edad avanzada entornando los ojos entre telarañas y galimatías. Incluso en los claustros se asomaba algo jocoso y juguetón; las gárgolas miraban lascivamente desde el campanario mientras la hiedra y el acebo crecían en torno a la cruz. La Edad Media fue el verdadero renacimiento. Su cristianismo era el tema, la ocasión y la excusa de su arte y de su júbilo, de su curiosidad y ternura; estaba muy lejos de ser la fuente de esas deliciosas invenciones. Las cruzadas no estaban inspiradas por el Príncipe de la Paz, a cuyo honor estaban dedicadas fantasiosa y apasionadamente, así que la caballería, la arquitectura gótica y la filosofía escolástica fueron expresiones profanas de un talante de autodescubrimiento en un pueblo que era casualmente cristiano. Los bárbaros habían sido de hecho adoctrinados, habían sido introducidos en un medio espiritual e histórico ajeno, pero no habían sido reformados ni domesticados internamente. Acaso hubiera sido más fácil para ellos, al contacto con una civilización existente o recordada madurar su propio talante, incluso confundiendo su expresión por los añadidos extranjeros. Habrían sido así estimulados a civilizarse a sí mismos y alentados a creerse civilizados algo prematuramente, cuando se habrían hecho meros herederos de los títulos y galas de la civilización.

El proceso de encontrar su propio arte y forma de gobierno, comenzado bajo la guía extranjera, estaba obligado en su conjunto a separarse cada vez más de su modelo latino. Consistía a veces en imitar a veces en rechazar y ser fantasiosamente original; nunca estuvo una raza tan sometida a las modas. La moda es algo bárbaro puesto que produce innovaciones sin motivo e imitaciones sin beneficio. Señala muy claramente el margen de variación irresponsable en costumbres y pensamientos que, entre gente civilizada artificialmente, puede con facilidad ser mayor que el núcleo sólido. Eso fue característico de la sociedad occidental en las épocas medieval y moderna porque esa sociedad estaba dirigida por gentes que, estando educadas en una cultura extranjera, seguían siendo bárbaras de corazón. Hasta nuestro tiempo no hemos logrado una civilización realmente nativa. Nuestro arte, moral y religión, aunque profundamente teñidos de sentimiento nativo, aún solo se definen y son concebibles en realidad por referencia a modelos clásicos y ajenos. Entre las razas del norte, la cultura es incluso más artificial y sobreañadida que entre las del sur; de ahí el extraño fenómeno del esnobismo en la sociedad, de la afectación en el arte y el violento contraste entre los cultos y los no cultos, entre ricos y pobres, clases que viven en planos intelectuales diferentes y que a menudo tienen religiones diferentes. Algunas personas cultas son, por tanto, simplemente estudiantes y bebedores; se sientan a los pies del pasado, el cual, no siendo suyo, no puede producir fruto alguno en ellas salvo sentimentalismo. Otras son simplemente *protestantes*; son activas en la esfera moral solamente en virtud de una rebelión interior contra algo más grande y dominante, aunque repulsivo y ajeno. Son haraganes conscientes de una escuela de vida extranjera.

En la religión protestante es preciso distinguir la inspiración interior de los enredos históricos. Desafortunadamente solo podemos lograr una concepción de su espíritu interior estudiando su tendencia y leyes de cambio o su expresión casual en literatura y costumbres dado que la forma doctrinal completa de la religión es irrelevante para su espíritu y está impuesta desde fuera, debido a la crianza de madrastra que recibió de la Iglesia. Aunque esos síntomas indirectos son tan notables que incluso alguien ajeno, si es observador, no ha de temer malinterpretarlos. Externamente considerado, por supuesto que el protestantismo es una forma de cristianismo; mantiene la *Biblia* y una selección más o menos copiosa de doctrinas patrísticas. Pero, en su espíritu e inspiración interior, es algo tan independiente de Judea como de Roma. Es simplemente la religión natural de los teutones alzando su cabeza por encima del flujo de influencias romanas y judías. Su carácter puede ser destacado diciendo que es una religión de pura espontaneidad, de libertad emocional, que se respeta profundamente a sí misma pero que apenas descifra sus objetivos. Es la autoconsciencia de un espíritu en proceso de incubación, orgulloso de sus potencialidades, reacio a las definiciones y finalidades de ningún tipo porque no puede discernir nada determinado o final. Es aventurero y el mundo le asombra, rebosa de virtudes rudimentarias y de fuego puro, es enérgico, leal, rebelde a la experiencia, inexperto en las cuestiones del arte y la mente. Se jacta, no sin motivo, de su profundidad y pureza; pero esa profundidad y pureza son las de cualquier sustancia informe y primordial. Mantiene incorrupta la integridad previa que está en el fondo de todo lo vivo y que es su centro; no es la familiaridad con la integridad posterior, con la santidad que puede lograrse en la cima de la experiencia a través de la razón y el dominio especulativo. Por tanto, el protestantismo confunde la vitalidad, tanto en sí mismo como en el universo, con la vida espiritual.

Esa religión teutónica subyacente, que hemos de llamar protestantismo a falta de mejor nombre, es anterior al cristianismo y puede sobrevivirle. Identificarla con el evangelio ha parecido posible en la medida en que, en oposición al cristianismo pagano, el espíritu teutónico puede llamar al evangelio en su ayuda. En realidad, el evangelio nada tiene de pagano, pero tampoco tiene nada de teutónico; la alianza momentánea de dos fuerzas tan dispares ha de cesar naturalmente con la desaparición del enemigo común que los unía. El evangelio es no mundano, desencantado, ascético; trata las organizaciones eclesiásticas con tolerante desdén, adaptándose a ellas con indiferencia; considera la prosperidad un peligro, los lazos terrenales una carga, las festividades religiosas una superstición; se deleita con los milagros; es democrático y contrario a las leyes; ama la contemplación, la pobreza y la soledad; trata a los pecadores con empatía y perdón sincero, pero a los fariseos y puritanos con desprecio mordaz. En una palabra, es un producto del Oriente, donde todas las cosas son antiguas e iguales y donde una profunda indiferencia por los negocios de la tierra alimenta una silente dignidad y gran tristeza en el

espíritu. El protestantismo es el opuesto exacto a todo eso. Está convencido de la importancia del éxito y la prosperidad; abomina de lo escandaloso; la contemplación le parece ociosa, la soledad egoísmo y la pobreza una suerte de castigo deshonoroso. Es severo y puntilloso en rectitud; considera la vida de matrimonio y rentabilidad como típicamente piadosa, y su carácter sagrado, como el de una festividad religiosa, está en los espacios superiores deshabitados que tal existencia deja para el alma. Es sentimental, su ritual es escaso y afectadamente fervoroso, no espera milagro alguno, piensa que el optimismo es parecido a la piedad y considera como una suerte de vocación moral una ambición práctica y una empresa rentable. A su evangelicalismo le faltan las notas, tan relevantes en el evangelio, de desilusión, humildad y desasimiento especulativo. Su benevolencia es optimista y apunta a elevar a los humanos a un bienestar convencional; pierde así la llamada interior de la caridad cristiana que, siendo meramente un remedio para problemas físicos, comienza con la renuncia y mira hacia la libertad espiritual y la paz.

El protestantismo estuvo por tanto vinculado desde el principio al Antiguo Testamento, donde el fervor hebreo aparece en su forma mundana prerracional. No es democrático en el mismo sentido que las religiones posracionales, las cuales ven en el alma a un exiliado de alguna otra esfera que, por el momento, lleva un disfraz de mendigo; es democrático solamente en el sentido de tener un origen popular y de ceder con facilidad a fuerzas populares. Influido como está por la opinión pública, es necesariamente convencional en su concepción del deber y honestamente materialista; respecto a la importancia del mundo, su vanidad nunca está presente en el corazón vulgar. En definitiva, es la religión de una raza joven, sagaz y aventurera, que nota sus potencialidades latentes, vagamente confiada en su vocación terrenal, y que tiene, como los bárbaros y los niños sanos, energías puras, aunque sin escarmentar. Así que, en la religión protestante, la fe propia del bárbaro se muestra vestida, por la fuerza de un accidente histórico, con el lenguaje de un cristianismo adaptado.

Conforme avanzaba la Edad Media, el talante humano recién nacido constitutivo de su cultura se hacía cada día más juguetón, curioso y adornado. Naturalmente que fue en los países anteriormente paganos donde este nuevo paganismo floreció principalmente. La religión comenzó a ser considerada filosóficamente en ciertos ámbitos; empezó a ser comprendida su relación con la vida: que era una expresión poética de la necesidad, la esperanza y la ignorancia. Ahí, prodigiosos intereses creados e ilusiones creadas de todo tipo convertían en peligroso el camino de la sinceridad. Los impulsos religiosos y genuinamente morales no podían disociarse con facilidad de un sistema de pensamiento y disciplina con el que llevaban íntimamente entrelazados durante mil años. El escepticismo, en lugar de parecer lo que naturalmente es, una fuerza moral, la tendencia a la sinceridad, economía y buen ajuste de la vida y la mente a la experiencia, parecía una tentación y un peligro.

Esa situación, que aún perdura en cierta medida, muestra sorprendentemente cuán artificial es la postura que el cristianismo ha introducido en la mente. Cuando, bajo esas circunstancias, el escepticismo penetró por casualidad entre el clero, no favoreció la consistencia de su vida y lo más seguro es que penetrase en ellos respecto al asunto de que sus rangos, en una época fértil y sin escrúpulos, eran ampliamente ocupados por personas sin conciencia ni ambiciones ideales. Era necesario por tanto reformar algo: o el alegre mundo se adaptaba al ascetismo y austeridad de la Iglesia primitiva o la Iglesia se adaptaba a los intereses generales y profanos del mundo. La segunda opción fue adoptada más o menos conscientemente por los humanistas, quienes habrían reducido la riqueza y la autoridad irracional del clero, habrían hecho avanzar la buena enseñanza y, a la vez que por supuesto mantenían el cristianismo —pues, ¿por qué habría de ser cambiada una religión ancestral?—, la mantendrían como forma de paganismo, como expresión poética y adornada de la vida humana. Si ese movimiento no hubiese sido desbordado por la reforma fanática y por la fanática reacción contra ella, habría encontrado sin duda mucha repulsa por parte de los fanáticos sinceros de la Iglesia; pero podría haberlos derrotado y, si se le hubiera permitido pelear la batalla de la razón con las armas de la razón, habría conducido al final a una ilustración general sin dividir el cristianismo, sin alentar las pasiones nacionales y religiosas venenosas y sin menoscabar la filosofía.

No fue, sin embargo, el humanismo el destinado a contener y suavizar la Iglesia completando con la reflexión crítica la paganización del cristianismo que tuvo lugar al comienzo por necesidad y de modo instintivo. Ahora había otra fuerza sobre el terreno: la conciencia virginal y la terquedad de las razas teutónicas, unidas sinceramente a lo que habían asimilado al cristianismo y despertando ahora al hecho de que aborrecían en su interior y rechazaban el resto. Esa situación, en una época tan falta de sentido crítico, pudo ser interpretada como un retorno al cristianismo primitivo, aunque eso hubiera sido en verdad, tal como ahora nos damos cuenta, completamente opuesto al espíritu teutónico. Por consiguiente, el movimiento humanista fue atravesado y oscurecido por otro movimiento, específicamente religioso y ostensiblemente más cristiano que la Iglesia. Siguiéron controversias tan pueriles como sangrientas; en efecto, no había que esperar que los pueblos que una vez formaron el Imperio Romano fueran a entregar su religión ancestral sin luchar y sin resistirse a esa nueva invasión bárbara en su imaginación y en sus almas. Ellos habrían soportado que su paganismo cristianizado se desvaneciese con el tiempo; la prosperidad mundana y las artes podrían haberlos alejado gradualmente de su sobrenaturalismo, y la ciencia de sus mitos; pero ¿cómo iban ellos a abandonar de una vez todas sus tradiciones, cuando eran retados a hacerlo por un sobrenaturalismo ajeno, mucho más pobre y crudo que el suyo? Lo que ocurrió fue que se atrincheraron en su sistema, se separaron de las positivas influencias que lo habrían convertido en inocuo y se convirtieron en sectarios,

igual que sus oponentes. La Ilustración tenía que venir solamente después de que se recrudesciese la locura y por la mutua masacre de una nueva cosecha de ilusiones, usurpaciones y tiranías.

Sería fácil escribir, con vena satírica, la historia del dogma protestante. Su historia fue prevista desde el comienzo por observadores inteligentes. Consistió en un descenso gradual e inevitable hacia el escepticismo piadoso. El intento de adherirse a las distintas posiciones intermedias del plano inclinado que cae desde la antigua revelación hasta la experiencia privada puede tener éxito únicamente durante un tiempo y donde las influencias locales limiten la libertad especulativa. Uno se ha de deslizar sonriendo hasta el fondo o, si se teme tal eventualidad, arrastrarse hacia arriba de nuevo y alcanzar dolorosamente un lugar tranquilo en la cima. Destacar una situación tan obvia, como la que muestra por ejemplo la Iglesia anglicana, sería como golpear la paja y estudiar en el protestantismo solo su lado accidental y débil. Su esencia verdadera no está constituida por los dogmas cristianos que resulta mantener en un momento dado, sino por el espíritu con el que constantemente reta a los demás, por la expresión que le da a la integridad personal, a la fe en la conciencia, a los instintos humanos enfrentando con coraje al mundo. Se rebela, por ejemplo, contra el sistema católico de pecados y méritos mensurables, de recompensas y castigos legalmente establecidos y controlados por una prerrogativa tanto sacerdotal como divina. Ese mecanismo sobrenatural le parece a alguien independiente y sin miedo una profanación y una impostura. Fuera, dice, todos los intermediarios entre el alma y Dios, todos los entrometidos sacerdotes y todos los mecanismos salvíficos. La salvación será solo por fe, esto es, por una actitud y un sentimientos privados del espíritu, por una cooperación interior de la persona con el mundo. La Iglesia será invisible, constituida por todos aquellos que tengan esa fe necesaria y por ningún otro. En realidad, de ahí se sigue, aunque la conclusión no sea inmediatamente clara, que la religión no es un ajuste con hechos, poderes o posibilidades distintos a los que nos encontramos en la vida diaria y en la naturaleza que nos rodea, sino que es más bien un ajuste espiritual con la vida natural, una mirada hacia sus principios, por los que uno aprende a identificarse con el poder cósmico y a compartir sus múltiples quehaceres no menos que su calma y seguridad últimas.

El protestantismo, con esa confianza y autoafirmación perfectamente instintivas, no es solo anterior al cristianismo, sino más primitivo que la razón e incluso que el ser humano. Las plantas y los animales, si pudiesen hablar, expresarían su actitud hacia el destino según la moda protestante. «El que nos ha formado», dirían, «vive y nos da vigor desde dentro de nosotros. Él ha sellado con nosotros una alianza para estar con nosotros si somos fieles y tenaces siguiendo las indicaciones que él susurra en nuestros corazones. Siendo fieles a nosotros mismos y, lo que es lo mismo, a él, estamos obligados a prosperar y a vivir de modo cada vez más copioso por siempre». Esa actitud, en lo referido a la religión, implica dos corolarios: primero, lo que puede llamarse

simbólicamente, según el precedente hebreo, fe en Dios, esto es, la confianza en el impulso y el destino propios de uno, confianza que el mundo al final recompensará con seguridad; y segundo, abominación respecto a todas las afirmaciones y prácticas religiosas contrarias —la del ascetismo, por ejemplo, porque este niega la voluntad; la de la idolatría y el mito, porque hacen que la divinidad sea concreta en vez de relativa a los anhelos interiores y que sea esencialmente responsable; la de la tradición y de la autoridad institucional, finalmente, porque ponen igualmente en peligro el desarrollo experiencial del alma cuando esta, en profundo aislamiento, lucha con la realidad y con su propia inspiración—.

En ese encuentro con el mundo, el alma sin experiencia da muestras de un imponente coraje proporcionado a su propio vigor. Nos podemos imaginar perfectamente bien que los leones y las marsopas tienen una seguridad más masculina en que Dios está de su parte que la que nunca visitará el pecho de un antílope o una medusa. Esa seguridad, cuando es testada en una vida aventurera, se convierte, en una criatura fuerte y bien alimentada, en el rechazo a ser derrotada, en la aguerrida determinación de defender el último foso y de esperar lo mejor a pesar de las apariencias. Forma parte del protestantismo ser austero, enérgico, incansable en cualquier tarea laboriosa. No se mira tanto el fin y el provecho como el mero hábito de autocontrol, y la devoción práctica y la firmeza. La clave es lograr algo, no exactamente el qué; así que los protestantes muestran, sobre esa base, cierto respeto incluso por un artista, cuando ha conseguido el éxito. Cierta experiencia de la mala fortuna es solo un estímulo para esa fidelidad. Tan grande es la confianza previa en el mundo que el mundo, tal como aparece en su primer rubor, puede ser desafiado confiadamente.

De ahí que, a pesar del optimismo teórico, jueguen en el protestantismo un papel importante la desaprobación y la proscripción. El celo por la rectitud, la expectativa práctica de que todo va a ir bien, no pueden tolerar males reconocidos. Los males han de ser abolidos o al menos ocultados; no deben ofender la luz del día ni desmentir la santurronería universal. Esa autoridad y represión, aunque impliquen una hipocresía universal, conducen también a una reconstrucción moral sustantiva. El protestantismo, al surgir de un corazón puro, purifica las convenciones y es un tónico para la sociedad en la que existe de modo prominente. Posee el secreto de la honesta simplicidad que pertenece a la juventud no mancillada, de la penetrante integridad propia del espíritu sin hiel en tanto que aún no es consciente de ninguna duplicidad en sí mismo ni de ningún motivo por el que tenga que fallar. Los únicos males que él reconoce son otros tantos retos para la acción, múltiples condiciones para alguna gloriosa victoria impensada. Una religión así es en realidad profundamente ignorante, es la religión de la inexperiencia, aunque tenga, en su centro, el espíritu mismo de la vida. Su error es solo considerar que la voluntad es

omnipotente y sagrada, y no distinguir el campo del inevitable desastre del campo del éxito posible. El éxito, sin embargo, no sería nunca posible sin ese cúmulo de energía y sin esa resolución y determinación latentes, que aporta también la fe en el éxito. El optimismo animal es un gran renovador y desinfectante del mundo.

Fue esa religión joven —profunda, bárbara, poética— la que los teutones introdujeron en el cristianismo y la que sustituyó a ese último testigo de dos mundos que morían. Al final, tras el completo desmoronamiento del dogma y las tradiciones cristianas, salió claramente a la superficie el Egotismo Absoluto como aspecto de la filosofía especulativa alemana². Esa forma, que el protestantismo asumió en momentos de gran tensión e imprudente autosuficiencia, sin duda que será eliminada en su momento y adoptará nuevas expresiones; pero esa declaración de independencia por parte del espíritu teutónico señala enfáticamente su salida del cristianismo y el fin de la serie de transformaciones en las que tomó a la *Biblia* y al dogma patrístico como materiales suyos. Ahora parece justamente dedicarse, en cambio, a la vida social y a la ciencia natural, y a procurar alimentar su proteica hambre directamente con esas fuentes más domésticas.

Daniel Moreno Moreno
Departamento de Filosofía
IES MIGUEL SERVET
P.º de los Ruiseñores, 49,
50006 Zaragoza
dmorenom@acett.org

² Esta idea la desarrolló Santayana en su libro *El egotismo en la filosofía alemana* (1916), edición de Daniel Moreno Moreno, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014 [N. del T.].